

La política exterior de México en una época de cambio

PEDRO GONZÁLEZ OLVERA

Durante mucho tiempo se manejó la idea de que, en sus relaciones con el exterior, México se apoyaba exclusivamente en principios conformados al calor de diferentes momentos de su historia; sobre todo en aquéllos con los que se había visto obligado a defender una participación soberana e independiente en el escenario mundial: no intervención, solución pacífica de las controversias y autodeterminación de los Estados. Con esta perspectiva, parecía que nuestro país no tenía otra aspiración internacional que lograr la plena realización de los principios enunciados en los vínculos entre Estados. No se hablaba de la defensa de intereses nacionales, aunque la realización de dichos principios constituyera, justamente, la esencia del interés nacional.

Ahora las cosas están cambiando. Sin que eso signifique que hemos entrado en el pantanoso terreno de las teorías del realismo político se reconoce sin ambages que México tiene intereses nacionales que promover y proteger, mismos que no son incompatibles con el manejo de los principios históricos sino, antes bien, complementarios.

Lo anterior queda de manifiesto en el ensayo de Andrés Rozental que con el título *La política exterior de México en la era de la modernidad*, acaba de publicar el Fondo de Cultura Económica, como parte de una amplia colección de 26 volúmenes sobre temas nacionales.

El libro presenta y resume la estrategia y las principales acciones que en materia de política exterior se ejecutaron durante el gobierno de Carlos Salinas de Gortari. Rozental sostiene que en "los años de la administración del presidente Salinas la posición internacional de México sufrió transformaciones de primer orden". Para establecer la historia de esos cambios, el autor parte de, al menos, tres tesis:

1) La defensa de la soberanía es el *leit motiv* de la actual acción externa de México, del mismo modo que lo ha sido en el pasado. No

obstante, su defensa adquiere matices y modalidades de acuerdo a las circunstancias de cada momento histórico. Si en el siglo pasado la defensa de la soberanía se dirigió a preservar la integridad territorial, en el presente se busca alcanzar las aspiraciones de paz y de bienestar económico y social que sostienen los mexicanos.

2) Hay una clara conjugación entre principios históricos y promoción de objetivos precisos, cuyo logro está llevando, a su vez, a la reinserción favorable de México en el contexto mundial y a la consecución de beneficios concretos para el desarrollo de nuestro país. Los objetivos contenidos en el Plan Nacional de Desarrollo constituyen la guía de toda la estrategia mexicana de política exterior.

3) Para cumplir con sus objetivos (en primer término el de la preservación de la soberanía) fue necesario poner en marcha una estrategia que, al mismo tiempo, mantuviera una buena dosis de activismo y diversificara las opciones de cooperación, en todos los ámbitos, con la mayor cantidad de países y regímenes actualmente existentes en el mundo.

Estas tesis se tradujeron en la delimitación de las áreas de más peso en el quehacer diplomático mexicano: a) el establecimiento de un sistema de seguridad colectiva, legítimo y transparente —se entiende, no hegemónico— basado en el derecho internacional; b) la reanimación de la cooperación internacional para enfrentar el problema de la pobreza extrema, hoy en un segundo plano debido a los intereses de las grandes potencias económicas; c) la consolidación de un nuevo sistema de comercio mundial abierto que beneficie a todos los países equitativamente; d) la adopción de acuerdos para la protección del medio ambiente, bajo el principio de que quienes más contaminan sean quienes más aporten a la solución del problema; e) el establecimiento de un régimen internacional de combate eficaz y total al tráfico y consumo de drogas ilícitas; f) la formación de un

nuevo consenso mundial para la promoción de los derechos humanos, y g) la defensa y promoción del derecho internacional como base de sustento de una nueva estructura internacional en la era de la posguerra fría.

Así las cosas, nos dice Andrés Rozental, establecidas la filosofía y la mecánica, e identificada plenamente la plataforma en la que se movería la diplomacia mexicana, se pasó a la toma de decisiones y a las acciones concretas. Las principales de ellas se fijaron de manera bien delimitada: replantear las relaciones con los Estados Unidos; promover una más estrecha relación con América Latina, Europa y la Cuenca del Pacífico; intensificar los vínculos con los países que tienen relevancia en la escena internacional y que, por sus coincidencias con la política mexicana, pueden considerarse claves: Canadá, Japón, China, Corea, Alemania, Francia, España, Italia, Inglaterra y, ya en el subcontinente, Chile, Colombia, Venezuela y Cuba; finalmente, desarrollar una extensa participación en los foros multilaterales, tanto regionales como universales. Por cierto, debe aclararse que no es ésta una enumeración de mayor a menor relevancia. En el contexto de multidireccionalidad se llevaron acciones de manera simultánea en todos los niveles.

Evidentemente, para lograr los objetivos de la nueva estrategia de política exterior, era necesario un certero diagnóstico de lo que estaba pasando en el planeta. De hecho, coincidiendo con el inicio de la nueva administración en México, la geopolítica mundial empezó a tener severos estremecimientos, toda vez que en febrero de 1989 sobreviene en Hungría la medida que va a significar el principio del fin del sistema socialista en Europa del Este, dinámica que incluso alcanzará a la Unión Soviética.

No se detuvo allí la dinámica de los acontecimientos. Los cambios empezaron a multiplicarse y a adquirir una velocidad vertiginosa, dando un nuevo aspecto al sistema internacional. Se acabó el bipolarismo y, con él, la guerra fría. En contrapartida, comenzó a hablarse de un nuevo orden internacional, de un multipolarismo económico, de dividendos para la paz, de una nueva agenda mundial y de varias otras cuestiones. Era como si se hubiera abierto una caja de Pandora: de repente aparecieron explosiones violentísimas de nacionalismo excluyente, xenofobia, imposición de barreras no arancelarias al libre comercio, formación de bloques económicos regionales y, afirma el autor, un nuevo reparto de las zonas

de influencia y de responsabilidades internacionales, como quedó de manifiesto en el desmembramiento de Yugoslavia. Además, hubo que hacer frente a nuevas formas de intervencionismo, sintetizadas en el mal llamado derecho de injerencia. Desde luego, esto no fue todo. En América Latina tenía lugar un proceso de modernización económica, a la par que se alcanzaban la consolidación y perfeccionamiento de la democracia en la mayor parte de las naciones del continente.

Estos fenómenos, a veces traumatizantes y propiciadores de gran incertidumbre, hicieron más que notoria la necesidad de una política exterior que a la vez atendiera varios frentes y sacara el máximo provecho de sus vínculos con el mundo, no sólo en el sentido del desarrollo económico sino más bien, en primer lugar, en la defensa de los principios básicos y del derecho internacional. Se trataba, de acuerdo con Andrés Rozental, de "adoptar un enfoque de gran flexibilidad y pragmatismo, ante un escenario mundial que permitía vislumbrar cambios acelerados y profundos" (p. 51). La diversificación consistió, en este sentido, en diseñar, ejecutar y continuar un conjunto de acciones que permitieran reafirmar la presencia de México en diversos puntos del planeta.

De acuerdo al subsecretario de Relaciones Exteriores, "la intención más concreta era la de disminuir el riesgo de caer en una posición de vulnerabilidad frente a un país o grupo de países, por haber concentrado los intereses nacionales ante éstos" (p. 42). Es im-

portante señalar que la estrategia requirió ajustes o modificaciones según fueron sucediéndose los acontecimientos. Se trataba de no quedar al margen de la dinámica mundial, para lo cual se agregaron o se retiraron elementos de la propuesta mexicana original en política exterior, de acuerdo con las transformaciones que sufría el sistema internacional.

Desde esta perspectiva, deben analizarse medidas como el establecimiento de un nuevo tipo de relación con los Estados Unidos, según áreas de interés, de manera que un conflicto en una de ellas no interfiriera en las demás; el acercamiento con Canadá, nación con la que se había mantenido una política de bajo perfil; la decisión de formar un tratado trilateral de libre comercio con estos dos países; el estrechamiento de los vínculos con Europa; la presencia activa y de pleno derecho en todos los foros de la Cuenca del Pacífico; la nueva fórmula, de etapa por etapa, para lograr la integración con América Latina y, por ende, la firma de acuerdos de libre comercio con Chile, Costa Rica, Colombia y Venezuela y la negociación de varios más; la fundación de la Conferencia Iberoamericana que intenta establecer lazos de unión entre América Latina y Europa, vía España, y Portugal; el establecimiento de relaciones con el Vaticano; el ingreso de México a la Organización de Cooperación y Desarrollo Económico; la búsqueda de una reforma de la ONU y la OEA para que respondan mejor a los cambios internacionales y la modernización del Servicio Exterior Mexicano a través de una

mayor profesionalización de sus miembros y su constante actualización.

En todos esos escenarios, México se encuentra presente. Su política exterior plantea iniciativas, hace propuestas, se mantiene dinámica. Además, busca fortalecer la soberanía nacional y contribuir al desarrollo económico y social nacional. Para Andrés Rozental, todavía se espera mucho de México en el plano internacional.

No debe olvidarse, como ha dicho otro profesional de la política exterior, que nuestro país es a la vez parte de América del Norte y América Latina; ve hacia el Pacífico y el Atlántico; es una bisagra entre el norte desarrollado y el sur en vías de desarrollo; y es el promotor más activo de la paz y el derecho internacional. De ahí que sean muchos y diversos los retos y desafíos que los mexicanos tendrán que enfrentar, por decisión propia, en el campo de las relaciones internacionales. Para lograrlo con éxito, debemos poner por delante los principios de nuestra política exterior y la adecuada promoción de los intereses nacionales, sostiene Andrés Rozental.

Sin duda, de cara al futuro ésta deberá ser la fórmula de la política exterior mexicana, sobre todo si la inestabilidad y la incertidumbre siguen siendo factores principales de la sociedad internacional. ♦

Andrés Rozental: *La política exterior de México en la era de la modernidad*, Fondo de Cultura Económica, México, 1993. 198 pp.

Eros en las cartas de Rafael Cabrera a Julio Torri

SERGE I. ZAÏTZEFF

Como todo poeta de temperamento romántico, Rafael Cabrera (1884-1943) cultivó con cierta tristeza y melancolía el tema del amor. La mayor parte su poesía es lírica y subjetiva, como lo revela su único poemario *Presagios* (1912), libro que recoge composiciones tempranas publicadas en su Puebla natal y en la capital. Esa misma tendencia caracteriza sus únicas narraciones,¹ las cuales

recuerdan a Manuel Gutiérrez Nájera por su perspectiva poética y su tono de desilusión. Tanto en su poesía como en su prosa, Cabrera se distingue como un escritor de filiación modernista evitando los excesos de la época.

El gusto de Cabrera por la expresión poética y pulida se manifiesta claramente en los autores que escoge para sus traducciones: Aloysius Bertrand, Marcel Schwob y Maurice Maeterlinck. Además, su importante labor como traductor confirma la fascinación que Eros iba ejerciendo en él. Primero, en 1917, se interesa en el *Cantar de los cantares* y luego,

en 1918, ofrece a los lectores de *Cvltvra* su versión de parte de la *Anthologie de l'amour asiatique* (1906) de Adolphe Thalasso. Escoge los ejemplos más representativos de esos "cantos extraños y turbadores" y recomienda una actitud comprensiva y libre de prejuicios porque se da cuenta de que el erotismo de esos poetas puede resultar desconcertante. Los temas un tanto esotéricos siempre sedujeron a Cabrera, quien poseía una rara curiosidad intelectual y un criterio excepcionalmente amplio.

Esa atracción hacia el amor erótico se intensifica con su traslado a Roma en marzo de 1919 como segundo secretario en la Legación de México. Así lo demuestran sus magníficas cartas (todavía inéditas)² a su íntimo amigo, el escritor Julio Torri, con quien había trabajado

¹ "Por un libro", en *El Mundo Ilustrado*, 29 de enero de 1908 y "El canario de Elena", en *El Mundo Ilustrado*, 23 de febrero de 1908.

² Estas cartas se incluyen en nuestra edición de Julio Torri, *Epistolarios*, que aparecerá próximamente publicada por la UNAM.